

guerrillero en estado de canuto; en que el ideal tomaba forma belicosa, y en que la poesía de la campaña de Africa bullía en los cerebros y en las mentes; y no ya solamente los «soldados de plomo» con su basecita para tenerse en pie siempre que no los tumbaba patas arriba el azar de las lides, sino otro ejército más barato, de papel pintado, en pliegos chillones, permitía á cada chico tener á domicilio sus huestes, dar batallas incruentas, cargar á la bayoneta, ¡sobre todo á la bayoneta!, y forjarse la ilusión de ser... eso que tanto hace soñar á los niños, y no á los niños únicamente: ser caudillo, ser héroe..., ¡ser general!

Yo los recuerdo, á esos soldaditos de plomo, y hasta no estoy completamente segura de que, á pesar de mi probada ineptitud para el *sport* que representaban, no me hayan regalado algunos, allá en los días de la niñez, cuando hacía furor el drama de Eguilaz... Compartían entonces el entusiasmo de los chicos dos clases de juguetes de plomo, muy candorosos en su hechura: los soldados y los curitas, acompañados estos últimos de sus accesorios correspondientes: viriles, custodias, altares, lámparas, candeleros, candelabros, cruces, imágenes..., todo muy vistoso, muy reluciente y de inverosímil baratura. Hoy no se encuentra ya en las tiendas de juguetería ese servicio religioso, esos objetos cuyo coste oscilaba entre dos cuartos y ocho cuartos—pues no se contaba por céntimos aún;—pero en cambio hoy, á *perro*, dos *perros* y tres *perros* se venden los útiles de jardinería, los chismes de limpieza, los cubos, las palas, los hornillos, los cogedores del polvo, las planchas, los ralladores y coladores, espeteras y hornillas de cocina, mil trebejos que corresponden á las faenas domésticas y á diferentes formas y desarrollos del trabajo humano.

Reflexionad también sobre una innovación al parecer insignificante: sobre las muñecas que maman. ¿No las conocéis? Las hay, cada vez en mayor número, en bazares y tiendas. Hace algunos años no se vendían sino en París.

La antigua muñeca mágica, superior, la que hacía llorar y reír de gozo á las niñas, se limitaba, sencillamente, á decir, en tono llorón y agudo, *papá* y *mamá*. Después se introdujo un perfeccionamiento, ó mejor dicho, se resucitó y difundió un perfeccionamiento muy antiguo (como que se encuentra ya en las muñecas dramáticas griegas y egipcias, ó sea en las marionetas de teatro, y reaparece en los monigotes del retablo de Maese Pedro): hablo de la articulación, la facultad de mover brazos y piernas. Luego, un nuevo hechizo: la muñeca, al colocarla en posición horizontal, cerraba los ojos y parecía conciliar un sueño dulce...

Y el colmo del júbilo de las *mamaitas* de bebés de cartón y porcelana, es la muñeca que mama, que acerca el biberón á su boquita, el biberón cargado de leche, y lo aspira y trasiega el líquido á su estómago, un estómago que no digiere, y del cual vuelve á extraerse el sustento lavando en seguida cuidadosamente la viscera... ¡La emoción de las pequeñas cuando ven que mama su niño!..

Hay en esto una verdadera iniciación en los cuidados maternos. La niña tiene que proceder con exquisito esmero para no dar á su crío leche agria, ni adulterada; lavar y desinfectar la botella del biberón, y atender á que el niño que mama no se manche la ropa...

La que ha tenido un muñeco mamón sabe envolver, fajar, doblar la envoltura; conoce esa *toilette* gentil y complicada del recién nacido; no la cogen de nuevo las tareas que probablemente la impondrá el porvenir.

Al lado de este juguete, tan pedagógico en el sentido humano de la palabra, hay que situar otros en que el remedo de la naturaleza se igualmente realista. La vaca y la cabra que se ordeñan; el mulo que cocea; el funámbulo que ejecuta sus saltos mortales; la bailarina que gira valsando; el borracho que apura el vaso y camina haciendo eses; el borrico que tira de una carreta y trota al natural; la noria y la fuente que vierten agua; el jardincillo con plantas verdaderas y enanos árboles; el canario cantor, juguete que puede valer miles de francos; todo género de aspectos de la realidad, cuyo mérito estriba en imitar... lo que se ve á cada instante, lo que tanto vale que no se compra..., ¡la vida!

Y es indecible la alegría profunda que los juguetes, al pronto, causan á los pequeños. Yo trato de evocar mis recuerdos de los años borrosos, y con la insaciable curiosidad que siempre me ha inspirado mi propio espíritu, pienso en cuáles fueron los ju-

guetes que me alborozaron más, y entre estos juguetes se destaca, en primer término, una locomotora. No era entonces la locomotora cosa vulgar, ni mucho menos. La mía había venido al famoso almacén de Schropp, centro entonces del europeísmo en materia de juguetes en Madrid, y oí decir enfáticamente que otra igual había sido ofrecida, entre los agnaldos de Navidad, á la entonces princesa de Asturias, hoy infanta Isabel Francisca. A pesar de todo, y de que la locomotora venía rellena de bombones de chocolate, de indudable procedencia extranjera asimismo, á los pocos días fué desbancada por el más basto y pesadote de los caballos de cartón que se vendían en los puestos de la Plaza Mayor—un caballo enorme, el Clavileño de los niños.—Es evidente que entre la locomoción moderna y la antigua, yo optaba por la segunda; es evidente que la tradición me sugestionaba más que la evolución. Y así he continuado, porque, si fuese posible, si no tuviese de su parte el camino de hierro tantas ventajas económicas y prácticas, yo lo detestaría, por la suciedad, por la carbonilla flotante, por el ruido incómodo, por la tiranía de la velocidad uniforme y de la parada estatuida de antemano, reglamentada como todas las cosas antipáticas y vulgares. ¡Un caballo! La imaginación no pedirá jamás un ferrocarril; pedirá un caballo y campo abierto.

Es realmente edad dichosa aquella en que basta á la fantasía un caballo de cartón, embadurnado de ocre, con crines postizas y patas eternamente quietas. Mi caballo de cartón, no sólo me hacía feliz á mí, sino que era objeto de la envidia de todos mis primitos; en cuanto á mis primas, me hubiesen envidiado más una muñeca vestida de raso, con tirabuzones y zapatitos de cabritilla sobre calado calcetín. Ahora recapacito y caigo en que no me han gustado nunca las muñecas. Tuve pocas y se me figura que debieron de ser muy baratas. No cosí para ellas, á pesar de que tuve una excelente maestra de labores, que me enseñó primorosas inutilidades, calados, bordados, desfilecados, puntos de toda especie. Las muñecas las substituí con grabados recortados, por medio de los cuales armé un teatrillo en que los pobres títeres de papel representaban... ¿qué? No me acuerdo; improvisaciones, algo que sería de circunstancias, ó que sucedería acaso en regiones completamente desconocidas... Lo cierto es que también aquello era fantasmagoría de mis deseos de asistir al teatro, goce que no siempre se concede á los niños, y menos entonces, en que no era todavía institución el teatro por la tarde... Además, adonde se enviaba á los niños era al Circo, á «los caballitos» y mi afán de ver otra cosa que saltos mortales y perros sabios, debía de ser aspiración confusa, antes que consciente...

De todo esto me asaltan reminiscencias ante los puestos clásicos de juguetería, tan surtidos, tan pintorescos, de Madrid. Madrid es la población más ingeniosa que conozco para inventar juguetes. Cada día aparece uno nuevo, hábilmente fabricado, y de baratura realmente inverosímil. No se concibe cómo por diez, hasta por cinco céntimos, pueden darse ciertos juguetes bien hechos, sólidos en su modestia absoluta. Estos juguetillos madrileños, en los bazares, se venden mucho más caros; pero en los humildes puestos ambulantes, al aire libre, el *perro gordo* es una suma no diré «respetable», sino respetada. Y estos juguetes plebeyos tienen gracia, humorismo, un sentido de lo cómico que explica la veta sainetesca de la raza. Son el género ínfimo del juguete, y, como el género ínfimo, encierran á veces sorpresas caricaturales, parodias donosísimas, un desenfadado divertido, una variedad inagotable, algo de chulesco y algo de realmente candoroso.

Esta industria da pan á mucha gente en Madrid. Y visitando los talleres en que se modelan, construyen, pintan y visten los monigotes, los *pupazzi* exhibidos en San Isidro y en Pascuas, asombra cómo puede resultar ganancia alguna de tan apurado y mínimo negocio. Sin embargo, es el sustento de muchos seres, obreros y obreras, que trabajan incansablemente para inundar á Madrid de arlequines cascadeantes, de borreguitos baladores con vedija blanca, de diabolines que surgen de un cucurucho de papel, de *matasuegras* bufonescos, de cangrejos, ratones y gatos que se persiguen, de *nicanores* tamborileros, de todos esos caprichos de la moda pueril, que hacen también sonreír á las personas grandes... Es una razón más para comprar juguetes, para transigir con la ilusión, eterna maga, que envuelve en velos color de rosa la frente de los pequeñuelos.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Os interesa la existencia de los niños, esa existencia leve, compuesta de sensaciones ligeras y de alegrías cortas y vivaces, de penas que se borran con la rapidez con que se esparce por el viento el humo de una chimenea, de lágrimas que se secan como el rocío bajo un rayo de sol; esa existencia de la cual quedan apenas rastros, memorias caprichosas de incidentes sin valor, cuando la madurez sella con su sello de plomo las frentes y los corazones? ¿Os interesa la existencia de los niños? Entonces, os interesarán los juguetes.

No creáis que los juguetes no tienen su filosofía histórica. También los juguetes revelan la evolución de la sociedad y las transformaciones del pensamiento. Noto, para señal de que esto es positivo, la decadencia progresiva y ya irremediable de los «soldados», y el incremento y moda de las mecánicas: automóviles, canoas eléctricas, lanchas de vapor, ferrocarriles, motocicletas, generadoras, dinamos, lamparitas portátiles y otros juguetes científicos, que exigen ciertos conocimientos en el niño que con ellos se ha de entretener. Se ha aficionado también la infancia á las cajitas de pinturas, á las colecciones de lapiceros de color, á los rompecabezas que obligan á tensión mental, las esferitas y mapas, las construcciones en cartón, los libros ilustrados. Y así, el futuro pintor, arquitecto, ingeniero, literato, juega de antemano con los episodios de su propia vida.

A su vez, las mujercitas, sin perder la afición inveterada á la muñeca, han comprendido que esta muñeca, la hija de su alma, necesita vestir, comer y tener una casita confortable..., y las muñecas poseen magníficos *trousseaux*, con encajes, plegados, calados é incrustaciones, como si fuesen novias, y las cocinas de muñecas funcionan y hacen verdaderos guisos, monerías que parecen los *menús* japoneses que describe Loti en *Madame Chrisantheme*, y las casas de las muñecas están provistas de toda clase de enseres, y amuebladas con gusto y refinamiento, y alumbradas con bombillas microscópicas de luz eléctrica, y provistas de agua en los lavabos, de fuego en las chimeneas, de sábanas y mantelerías en los armarios, y las muñecas dan te, y las muñecas convidan á sus amigos á lunchear...

Es así la evolución de los juguetes la misma evolución de la vida moderna hacia el espíritu científico y hacia el bienestar material, hacia el confort y hacia la higiene... y también (con la baronesa Suttner), hacia la paz, ó al menos, hacia el *krack* de la guerra. Esto, y no otra cosa, significa la decadencia de aquellos «soldados de plomo», de los cuales uno de nuestros dramaturgos de la generación anterior á Echegaray hizo recurso sentimental y fundamental en una de sus comedias más lacrimosas y moralizadoras. Esos «soldados» corresponden á la época en que España ardía en guerras civiles, ó en que el rescoldo mal extinguido de tales luchas sólo aguardaba un soplo imprudente para volver á levantar llama inmensa; en que cada español llevaba dentro un